

Concuera con esto lo que se cuenta del abad Pampo, que viniendo á visitar cuatro monjes del yermo todos muy señalados en virtud, porque el primero se señalaba principalmente en ayunos y asperezas grandes que hacia; el segundo en pobreza; el tercero en caridad para con sus prójimos; el cuarto habia veinte y dos años que vivia debajo de obediencia, el santo Abad antepuso este último á todos los otros tres; porque aquella virtud que tenian la habian conservado de su voluntad, y este, dejando totalmente su voluntad, se habia hecho siervo de la ajena: y diciendo esto, añadió que los que esto hicieren, perseverando hasta el fin, se pueden llamar verdaderamente mártires.

CAPÍTULO IX.

De dónde nace el tener juicios contra la obediencia, y de qué medios nos ayudaremos contra ellos.

La raíz de donde nace el ofrecérsenos juicios y razones contra las cosas que ordena la obediencia es nuestra inmortificación. Pero dirá alguno: Eso parece que es como si preguntáramos de dónde nace ser soberbio. Y respondiérais que de falta de humildad. Claro está que si yo tuviera mortificado el juicio, tuviera simplicidad en la obediencia, y no tuviera juicios contra

ella. Pues no digo eso; sino lo que digo es, que de no estar nosotros mortificados en nuestras pasiones y apetitos, y de ser muy amigos de nuestras propias comodidades, y cumplir nuestra propia voluntad; y de no estar indiferentes y resignados para todo lo que nos pueden mandar; de ahí nace que, cuando lo que nos mandan es contra nuestra voluntad y apetito, se nos ofrecen muchas razones y juicios contra ello. Sino, entre cada uno dentro de sí, y mire cuándo se le suelen comunmente ofrecer los juicios y réplicas contra la obediencia; y hallará que cuando le mandan aquello á que tiene repugnancia, cuando no le conceden lo que quiere, cuando le mortifican y tocan en lo vivo y en lo que le duele, entonces vienen á montones las razones aparentes contra lo que se ordena; empero cuando le mandan lo que le da gusto, y es al sabor de su paladar, no se le ofrecen ningunos juicios ni razones contrarias, antes le parece que viene de molde, y que es la cosa mas acordada del mundo.

San Jerónimo, sobre aquellas palabras del profeta Oseas, c. vii, v. 11: *Et factus est Ephraim, quasi columba seducta, non habens cor*: Fue hecho Efraim como una paloma engañada que no tiene corazón, pregunta: ¿Por qué Efraim no se compara á otras aves, sino á la paloma? Y responde: Esas otras antes procuran defender sus po-

litos, aun con peligro de su vida, y cuando ven que el milano ó el gavilan, el cuervo ó la culebra llega á su nido, andan volando y revoloteando, defendiendo cuanto pueden á sus hijuelos; y cuando mas no pueden, muestran el dolor que sienten, con una voz ó quejido lastimero: *Sola columba ablatos pullos non dolet, non requirit*: Pero la paloma no defiende á sus pollitos, no se queja, ni muestra sentimiento cuando se los quitan, ni los anda despues á buscar: por eso se compara Efraim á la paloma, y por esto nos dice á nosotros Cristo nuestro Redentor, *Matth. x, v. 16*, que imitemos á la paloma, que cuando nos quitan á nuestros hijuelos, aquello que amamos y á que estamos aficionados, seamos como la paloma, que no resistamos, ni contradigamos, ni nos quejemos, ni mostremos sentimiento de ello. De manera que de nuestra inmortificación, y de la dificultad y repugnancia que sentimos en aquello que es contra nuestra voluntad, de ahí nacen los juicios; y así el medio principal que podemos poner de nuestra parte contra esta tentacion es, procurar mortificarnos y no tener propia voluntad, sino estar muy indiferentes y resignados para todo lo que el superior quisiere hacer de nosotros, y que no se nos dé mas que nos manden esto que aquello.

Por eso aquellos santos Padres

antiguos, como buenos maestros de espíritu, ejercitaban mucho á sus súbditos, mandándoles cosas que parecian fuera de propósito, para probar su obediencia, y quebrarles la propia voluntad y juicio: y así aquel sin propósito era muy á propósito; porque mucho mas va en que os mortifiqueis, y en que os quiebren vuestra voluntad y propio juicio, trayéndoos al retortero, que en lo que se podia ganar haciendo la cosa de otra manera. Muchas veces quiere el superior que se pierda aquello y lo otro, por ganaros y aprovecharos á vos; y no es pérdida esa, sino ganancia. Así como los que doman los caballos briosos los hacen andar unas veces apriesa, otras de espacio, otras al rededor, otras al medio del caracol, volver al revés, y en medio de la carrera parar de repente, para que así se acostumbren á obedecer al freno, y á no seguir sus ímpetus y movimientos; de esa manera hacen los buenos maestros de espíritu: así leemos que lo hacia el gran Antonio con su discípulo Pablo: haciale coser la vestidura, y luego tornarla á descoser, y tejer la cestilla, y luego destejer lo que habia tejido: y otros hacian á sus discípulos que sacasen agua del pozo, y que luego la derramasen en el mismo pozo; y del bienaventurado san Francisco leemos que en medio del camino hacia á su compañero Fr. Ma-

seo que diese tantas vueltas al rededor, hasta que desvanecido y aturcido caia en tierra: y á los otros que querian entrar en su Religion les mandó plantar las lechugas y colino al revés, las raíces hácia arriba, para probar su obediencia y desarraigar en ellos todo el propio sentido, y que no quedase rastro de propio juicio ni propia voluntad: y pluguiese á Dios que se usase mas el dia de hoy este ejercicio; porque si uno estuviese acostumbrado á que le hiciesen deshacer lo bien hecho, no se sentiria cuando le reprendiesen lo mal hecho.

Pero porque esta mortificacion y resignacion entera pide grande perfeccion, mientras no llegamos á ella, nos podemos ayudar de nuestra misma inmortificacion, conociéndola, y atribuyéndolo todo á ella; y ese será buen medio para que los juicios y razones que se os ofrecen contra la obediencia no os hagan daño ninguno; porque entendiendo que aquello es falta é imperfeccion vuestra, no haréis caso de ello. Un enfermo que conoce su enfermedad bien sabe que, aunque tenga sed, no le conviene beber, y que aunque le amargue la purga, y le duela la sangría, aquello es lo que le conviene; y por esto no se cree á su apetito, ni se fia de sí, sino sujétase al médico, siguiendo su parecer, y teniendo aquello por lo mejor: el conocer que está enfermo le

ayuda para no fiarse de sí, sino seguir el parecer del médico; así nosotros estamos enfermos, llenos de amor propio y de pasiones desordenadas: no sabemos apeteer sino lo que nos hace daño, como el enfermo; y lo que es bueno y provechoso eso nos da en rostro y nos enfada. Pues usemos del remedio que usa el enfermo que quiere sanar, no nos creamos á nosotros, sino creamos al superior que nos cura y nos rige, y tengamos por acertado lo que él manda y ordena, no haciendo caso de los juicios que se nos ofrecen, sino teniendo los por antojos de enfermo. De esta manera no solo no os dañarán los juicios y razones que se os ofrecen contra la obediencia, antes sacaréis fruto de ellos, y os conformaréis mas en la obediencia, porque volveréis luego sobre vos, diciendo: Como estoy enfermo, dame en rostro lo bueno y lo que me hace provecho: no he menester yo otra señal para entender que aquello es lo que conviene, y lo mejor, que darne á mí en rostro y ofrecérseme dificultades contra ello, porque estoy enfermo, y tengo estragado el gusto.

Este es gran remedio contra todos los juicios que se nos ofrecen, no solo contra la obediencia, sino tambien contra nuestros hermanos; volverlos luego contra nosotros: Yo soy el que ando ciego y errado, que lo que

va bien me parece mal: ¿qué juicio tengo yo para quererme hacer regla de los otros? Y cuando os diere en rostro la condicion de vuestro hermano, y su modo de proceder, habeis de echaros á vos toda la culpa: Yo soy el que tengo la mala condicion, y por eso me da en rostro aquello y lo otro: en mí está la falta y no en el otro.

Contra todas las tentaciones es gran remedio entender que aquella es tentacion; y por eso el demonio, cuando nos tienta, trabaja cuanto puede, porque su tentacion no parezca tentacion, sino razon, para que caigamos en ella; como el cazador, cuando arma el lazo, procura siempre que no parezca lazo, sino cebo, porque aun la bestia y el ave no caeria en él si le tuviese por lazo; así hace el demonio: *Ipse enim Satanas transfiguratur se in Angelum lucis.* II ad Cor. XI, v. 14. Transfigúrase en ángel de luz, para que pensemos que es luz y claridad lo que es oscuridad y tinieblas. Dios os libre de la tentacion, que no parece tentacion, sino razon. Cuando vuestros juicios os llevan tan de vencida, que os hacen creer que aquello no es pasion ni tentacion, y que no lo decís por lo que á vos os tocó, sino por ser cosa clara y que cualquiera lo echará de ver, entonces grande es vuestro peligro, y trabajoso el remedio. Estas que vienen con apariencia de bien son

las mas graves y mas peligrosas tentaciones (1). Cuando la tentacion viene descubierta la cara, podeis ayudaros de muchos medios para vencerla; pero cuando no se conoce por tentacion, sino antes se tiene por razon, ¿cómo la habemos de desechar? Cuando no se conoce uno por enemigo, sino antes se tiene por amigo, ¿cómo nos habemos de guardar de él? Decia un gran siervo de Dios que él no tenia miedo á los defectos que conocia y aborrecia, sino á los que no conocia, ó no estimaba, ó excusaba.

Pues volviendo á nuestro punto, digo que será gran remedio, para cuando se nos ofrecen razones y juicios contra la obediencia, volvernos contra nosotros, y entender que esa es enfermedad, é inmortificacion y falta nuestra, y así no hacer caso de ellos: y tenemos harta razon para hacer esto; porque tal es nuestra carne y sensualidad, que luego inventa y halla muchas razones aparentes para lo que le da gusto y contento, y muchos inconvenientes para lo contrario. Ciéganos tanto el amor propio y las pasiones que tenemos, que fácilmente nos hacen creer y juzgar de la cosa muy al contrario de lo que ella es: así como al hombre que tiene gran sed el agua le parece la cosa mejor, y mas dulce y sabrosa del mundo, porque juzga segun la disposicion

(1) Part. 2, tract. 4, cap. 19.

que tiene; así al que tiene alguna pasión viva, la afición desordenada que tiene le representa la cosa muy diferente de lo que es, y le hace juzgar lo contrario de la verdad. Y pues el hombre conoce de sí que no está limpio de las aficiones terrenas, y que tiene vivas muchas pasiones, no se ha de fiar fácilmente de su propio juicio, antes le ha de mirar como á enemigo y enemigo para guardarse de él.

Y no nos habemos de contentar con no dejarnos llevar de estos juicios, sino habemos de procurar quedar mas aprovechados de la tentación, y mas confundidos y humillados, diciendo: ¿Cómo? ¿que sea yo tan soberbio que tenga juicios contra mi superior? ¿que vine yo á la Religion á ser estropajo de todos; y que me quiera yo anteponer al que es mi cabeza y superior de todos? No vine yo á mandar, ni á regir y gobernar; sino á obedecer y ser mandado: no tengo yo de juzgar á mi guía, sino ella á mí. Este es un remedio general y muy provechoso para sacar fruto de todas las tentaciones (1). De la misma soberbia y vanagloria que nos viene habemos de tomar ocasión para humillarnos mas: así como el demonio procura hacer de la triaca ponzoña, haciendo que nos ensoberbecamos de la

(1) Part. 2, tract. 4, cap. 12.

virtud, y del mismo acto de humildad que hacemos; así nosotros habemos de hacer de la ponzoña triaca, humillándonos mas la soberbia que nos viene: ¿que siendo yo tan ruin y tan imperfecto como soy me viene soberbia? ¿que de lo que hago mal me viene vanidad, y quiero ser tenido y estimado por ello? Ahí se verá bien que soy yo. Esta es una maravillosa contramina para los ardidés del demonio: *Salutem ex inimicis nostris, et de manu omnium, qui oderunt nos.* Luc. c. 1, v. 71. Procurar de sacar ganancia de donde él procura nuestra pérdida.

De otras muchas cosas nos podemos tambien ayudar para no dar crédito á nuestras razones, ni hacer caso de nuestros juicios, sino tenerlos siempre por sospechosos: lo primero, porque si en todas las cosas dicen comunmente los sábios que es prudencia verdadera no fiarse uno de su propia prudencia; ¿cuánto mas lo será en las cosas propias donde uno es parte? Cosa clara es, y primer principio en filosofía moral, que ninguno es buen juez de sí mismo: *Nemo est rectus iudex sui ipsius.* En las cosas propias, comunmente no son los hombres buenos jueces, por la pasión y amor propio que nos ciega; y así no es razón que nos fiemos de nuestros juicios, sino que sigamos el juicio del superior, y ese tengamos por acertado.

Lo segundo, nos puede ayudar para esto que el súbdito mira algunas razones particulares que se le ofrecen, y el superior mira esas y otras muchas que el súbdito no sabe ni puede saber: y aunque considerando solas aquellas razones particulares, fuera por ventura mejor lo que á vos se os ofrece; pero considerando juntamente todas las razones que el superior sabe que hay, no es eso lo mejor; y así no solo en vía de Religion y de perfección, sino en ley de prudencia, es grande indiscreción y soberbia ponerse uno á juzgar y sentenciar lo que ordena el superior, por una razón ó dos que se le ofrecen, á las cuales ha dado el superior muchas vueltas, y tiene él otras por las cuales conviene hacer otra cosa. San Agustín trae una buena comparación de la cabeza, que es la parte superior del hombre. El alma, dice, anima y vivifica todo nuestro cuerpo; pero en la cabeza resplandecen todos los cinco sentidos, ver, oír, oler, gustar y tocar: en los demás miembros solo hay el sentido del tacto; y por eso todos los miembros están sujetos á la cabeza, y ella está encima de todos ellos, como superior, para regirlos y gobernarlos. Pues así en el superior, como en cabeza, resplandecen todos los cinco sentidos, y en vos, como en miembro, solo uno. Vos tocais una sola razón

particular, y el superior las toca todas, oye, ve y sabe todo lo que hay en aquel caso; y así es razón que se sujeten los miembros á la cabeza. Aun allá suelen decir que mas sabe el necio en su casa que el cuerdo en la ajena; ¿cuánto mas sabrá el cuerdo en su casa que el otro en la ajena? *Non judices contra judicem: quoniam secundum quod justum est, judicat,* Eccli. viii, v. 17, dice el Sábio: Mirad que es indiscreción querer juzgar lo que no sabeis por dónde va ni por dónde viene, ni lo podeis saber, ni es bien que lo sepais.

Lo tercero, ayudará para rendir nuestro juicio, y sujetarnos al del superior, considerar que el superior mira el bien comun de toda la casa y de toda la Religion; y vos, como particular, mirais el derecho de vuestro dedo, y teneis ojo á vuestras comodidades particulares; y el bien comun y universal hase de preferir al particular: que aun acá vemos que las cosas naturales dejan de hacer segun las particulares inclinaciones por el bien comun y universal; como el agua deja de correr hácia abajo en la cantimplora, y otras veces sube arriba, porque no se dé vacío: *Propter perfectionem universi,* dicen los filósofos; así cada particular ha de ceder de su comodidad é inclinación, para que se cumpla con el bien comun, á quien atiende el superior.

Lo que ayudará también para que no demos crédito á nuestros juicios es la experiencia que tenemos de nosotros mismos. ¿Cuántas cosas creímos y tuvimos por muy averiguadas, y las afirmamos por ciertas, en las cuales manifiestamente fuimos engañados, y mudamos de parecer, y nos avergonzamos después de haber creído lo que creímos, y juzgado lo que juzgamos? Si un hombre os hubiera engañado dos ó tres veces, no os fiaríais más de él: pues ¿por qué os fiáis de vuestro propio juicio, habiéndoos engañado tantas veces? Y así está experiencia que tiene uno de su ignorancia, y de haberse engañado otras veces, suele ser causa que en las cosas en que los más mozos fácilmente se determinan, los más antiguos procedan con más recato y consideración, como gente madura, prudente y experimentada.

CAPÍTULO X.

Decláranse tres razones que da el apóstol san Pablo para obedecer.

Obedite præpositis vestris; et subjacete eis: ipsi enim pervigilant, quasi rationem pro animabus vestris reddituri, ut cum gaudio hoc faciant, et non gementes; hoc enim non expedit vobis. Ad Hebr. XIII, v. 17. Tres razones nos da el apóstol san Pablo en

estas palabras para exhortarnos á obedecer á nuestros superiores, que pues son razones del Espíritu Santo, y dichas por boca del Apóstol, no pueden dejar de ser muy buenas y provechosas: la primera es obedecer á vuestros superiores, y hacer todo lo que os mandaren; siempre se entiende donde no hubiere pecado, como queda declarado, y en ese fundamento vamos siempre en todo lo que dijéremos. Pues sujetaos á ellos; porque ellos velan, como quien ha de dar cuenta á Dios de vuestras ánimas. Uno de los mayores descansos y consuelos que tenemos los que estamos en Religión, es esta, que estamos seguros que haciendo la obediencia vamos acertados. El superior es el que podrá errar en mandar esto ó aquello; mas ahora vos cierto estáis que en hacer eso que os mandan no errais; porque á vos solamente os pedirá Dios cuenta si hicisteis lo que os mandaron, y con eso daréis vuestro descargo muy suficientemente delante de Dios. No teneis que dar cuenta si fué bien aquello, ó si fuera otra cosa mejor; porque eso no pertenece á vos, ni se pondrá á vuestra cuenta, sino á cuenta del superior. En haciendo la cosa por obediencia, quita Dios eso de vuestro libro, y lo pone en el libro del superior; y así dice san Jerónimo: *O summa libertas, qua*

obtena via possit homo peccare! In reg. Mon., cap. 5. ¡Oh libertad y seguridad grande de la obediencia, con la cual apenas puede uno pecar! En cierta manera, dice, nos hace impecables la obediencia.

Especialmente para los que nos ocupamos en ministerios con prójimos es gran consuelo estar uno satisfecho que hace en ello la voluntad de Dios. Si estuviéramos allá en el mundo, por buenos que fuéramos, y por deseos que tuviéramos de agradar á Dios, siempre estuviéramos ardiendo entre estos dos fuegos: ¿Si se servirá Dios más de que atiende á los prójimos ó á mí solo? Pero acá en la Religión ya estamos libres de esas dificultades; porque nuestro instituto es ocuparnos en ayudar á los prójimos, y para eso nos llamó Dios á la Compañía, y él nos pone en eso: y así estamos ciertos que agradamos á su Majestad en ello. No se atreviera el otro á confesar allá fuera, y si lo hiciera, anduviera con temor si agradaba á Dios en ello, ó no, ó si se había de perder por allí, ó no; y ahora confiesa con seguridad, y está cierto que sirve á Dios en ello. No os pusisteis vos en ser confesor, ni en ser predicador, ni en ser superior, si sois para ello ó no; los superiores, que os pusieron, darán cuenta á Dios de eso: *Ipsi enim pervigilant, quasi rationem pro animabus vestris reddituri.*

Concuerta muy bien con esto san Juan Climaco, grad. 4, que tratando de la obediencia, entre otros epítetos que le da, dice: Que la obediencia es excusa delante de Dios. Si me preguntaren: ¿Por qué hiciste esto? Señor, porque me lo mandaron: con esto responderé á Dios, y quedaré bien excusado delante de él. Es, dice, navegacion segura, camino que durmiendo se pasa. Así como el que va en el navío sentado y durmiendo va caminando, y no tiene que tener cuidado de su camino, porque el piloto lo tiene; así el religioso, que vive debajo de la obediencia, echándose á dormir, esto es, sin trabajo ni cuidado de lo que ha de hacer, va caminando al cielo y á la perfeccion, porque velan por él los superiores, que son los pilotos y maestros de este navío. No es poco, sino mucho, pasar el golfo de este mundo en brazos y hombros ajenos. Pues esta es la merced que ha hecho Dios al religioso que vive debajo de obediencia, que toda la carga echa á costas del superior, y él se va descansando y sin cuidado de si sería mejor esto ó lo otro.

Esta es una de las cosas que mueve mucho á vivir debajo de obediencia y entrar en Religión á gente virtuosa, librarse de infinitas perplejidades y congojas que tienen allá en el mundo, y acertar á servir y agrar-